

LOS ANIMALES EN LA CONQUISTA DE AMERICA

por JOSE TUDELA

Director del Museo Etnológico de Madrid

El historiador mejicano Carlos Pereira clasificó (1) los animales domésticos llevados por los españoles a América, en animales de conquista y animales de colonización.

Entre los primeros incluyó al caballo, al perro de combate y ¡al cerdo! (ya se verá por qué); y entre los animales de colonización al propio caballo, en funciones pacíficas, y a todos los demás ganados importados en aquel continente.

LOS CABALLOS

El caballo ha sido siempre el animal de guerra por excelencia; superior al perro de combate, al tigre amaestrado y al elefante amansado, que fueron utilizados también en los combates de la antigüedad.

Los más antiguos pueblos civilizados: los sumerios, los egipcios, los asirios, los caldeos y los chinos, lo aprovecharon para la guerra; bien montado por guerreros o enganchado en bélicos carros, como los vemos en diversos relieves y pinturas.

Dice con razón Angel Cabrera (2) que «la Historia de la Humanidad, sin el caballo hubiera sido muy diferente de como es; pero de ningún pueblo puede decirse esto, con mayor fundamento, que de los pueblos de América».

Sin el caballo no hubiera podido realizarse la conquista del Nuevo Mundo con la rapidez con que se hizo; pues en poco más de

(1) En su libro *La obra de los españoles en América*.

(2) *El caballo en América*, Buenos Aires, 1945.

medio siglo dominaron los españoles la parte habitable del continente, desde California y Nuevo Méjico a los lagos chilenos y la Pampa argentina.

Los caballos de guerra fueron los animales domésticos que primeramente se embarcaron en el segundo viaje de Colón; ya que aunque, se llevaron también a la Española ganados de trabajo y de renta, fue la elección de caballos la más cuidada, porque de la previa conquista de las Islas dependía luego su colonización.

Con este fin se mandaron de Granada a Sevilla, para embarcar en este viaje, «veinte lanzas jinetas a caballo, cinco con sus dobladuras»; es decir, veinte lanceros de la Santa Hermandad con sus caballos y cinco más de repuesto, o sea veinticinco cabalgaduras, que figuraron en el alarde o revista que solemnemente hizo el Almirante, antes de embarcar, ante las autoridades y el pueblo de Sevilla. Pero los mozos de cuadra, aprovechándose de una indisposición de aquél, que le impidió vigilar la operación, en lugar de embarcar los veinticinco caballos seleccionados los vendieron, metiendo en su lugar veinticinco pencos matalones; de lo que se queja Colón en el Memorial de quejas que dirige a los Reyes Católicos desde la Española en enero de 1494.

A pesar de todo, cumplieron estos jamelgos su misión de aterrorizar a los indios; pues, tanto en las Antillas como luego en el continente, fue el terror lo que en los primeros encuentros con los españoles les hacía huir pavorosamente.

Creían a los españoles, seres sobrenaturales, que formaban con el caballo un sólo ser, una especie de centauro. Pensaban además que los caballos mordían y desgarraban como los perros y les temían más que si fueran tigres.

En todos los viajes que se hicieron después desde la metrópoli a las Islas y a Tierra Firme, se ordenaba llevar plantas, semillas y animales.

En seguida, las caballadas se hicieron cimarronas, y estas yeguas de Patrimonio real sirvieron para proveer de caballos las expediciones de conquista del continente en torno al Golfo de Méjico y al Caribe, desde la Florida a Venezuela.

En 1507, como ya había suficientes yeguas reales en las Islas, se suspendió el envío de caballos desde la metrópoli, aunque aún se mandaron algunos selectos, para remonta o para regalo a los conquistadores.

El caballo y el hierro (espadas, armaduras y arcabuces) fueron las principales armas de la conquista.

En la Historia militar es bien sabido que tienen siempre primordial importancia las nuevas armas y las nuevas tácticas.

La titánica empresa de descubrir y conquistar, en cuarenta años, la parte habitable de casi todo el Continente americano, puso a prueba más que el temple físico de los hombres, la resistencia de los caballos. Y como se trata aquí de los de la conquista, es oportuno relatar los dos episodios más duros de esta épica gesta, según dos notables hipófilos: el profesor Cabrera, de la Universidad de La Plata, y el notable escritor y caballista inglés R. Cuninghame Graham, que tuvo intensa vida campera durante medio siglo en las praderas del Plata.

El primero de estos episodios sucede en la expedición de Hernán Cortés a las Hibueras y es relatado, no sólo por éste, en su quinta carta a Carlos V, sino también por el soldado-cronista Bernal Díaz del Castillo, en su célebre *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*.

El segundo episodio es uno de los más notables de la fracasada expedición de Fernando de Soto a la Florida, que bellamente narra el inca Garcilaso de la Vega en su *Florida*.

Hernán Cortés salió de Méjico el 6 de diciembre de 1523 y llegó a las Hibueras, en la costa de Honduras, a mediados de junio de 1524, tras seis meses largos de expedición, llevando ciento treinta jinetes, que con dobladuras sumaban en total ciento sesenta equinos, además de los soldados españoles de a pie, indios aliados y, en la retaguardia, una piara de cerdos que seguía, a su paso, a la expedición, pastando sobre la marcha. Ni la duración del viaje —seis meses— ni su recorrido —cerca de dos mil kilómetros—, ni siquiera el que se hiciese a través de pueblos enemigos, constituyen sucesos notables de esta empresa. Merece especial consideración el haberse hecho, gran parte de ella, por las tierras bajas y calientes del istmo de Tehuantepec, de clima ecuatorial más que tropical, a través de la selva virgen que dificultaba la marcha, en época de lluvias, y con ríos y ciénagas que les cortaban el paso. Pero el acontecimiento más saliente de ella fue la subida de la agreste pendiente para llegar a la alta meseta del Petén guatemalteco, en una ascensión de cerca de dos mil metros de desnivel, y un trayecto de unos cuarenta kilómetros, sin pasos accesibles, en cuya subida tardó doce días. «En esos doce días perdió Hernán Cortés sesenta caballos de los ciento sesen-

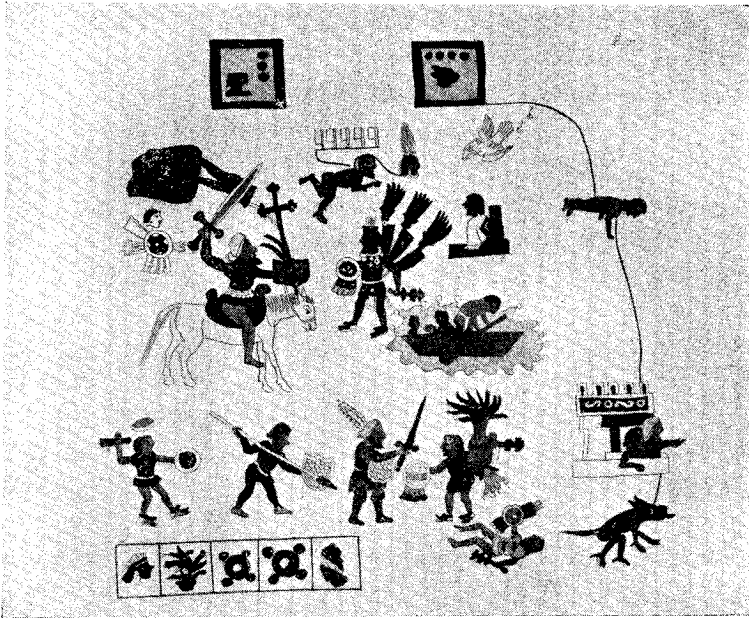
ta que sacó de Méjico: unos despeñados y otros que hubo que sacrificar por habérseles quebrado las patas»; y «(todos los demás —dice Cortés— vinieron heridos y lastimados, que estuvieron más de tres meses sin tornar en sí». El Profesor Cabrera añade que «esta famosa expedición es, tal vez, la más terrible prueba colectiva de resistencia física, así para caballos como para jinetes, que registra la Historia, viéndose los hombres obligados a hacer una gran parte del camino a pie, a paso lento, *por amor de los caballos*, como escribió Hernán Cortés al Emperador.»

Merece recordarse también de esta expedición otro episodio de muy diversa índole del mencionado. Al caballo que llevaba Hernán Cortés se le hincó en una de sus manos una astilla de pedernal, que no pudo serle extraída; y como con ella le era imposible andar, dejó su dueño el caballo a un cacique «itzá», hasta que mandara buscarlo. El caballo debió morir pronto, pues no sabrían cuidarlo los indios, pero al volver los españoles por aquellas tierras, ciento sesenta y dos años más tarde, al conquistar el Yucatán definitivamente Pedro de Ursúa, en una de las entradas que hicieron los misioneros que le acompañaban, encontraron en una isla del lago Peten-Itzá, sobre un basamento, la escultura en piedra de un caballo, sentado sobre sus garrones y de la altura de un hombre. Lo que indica que los indios del tiempo de Hernán Cortés deificaron al noble bruto que éste les dejó herido, levantándole un monumento religioso para adorarle como un ídolo.

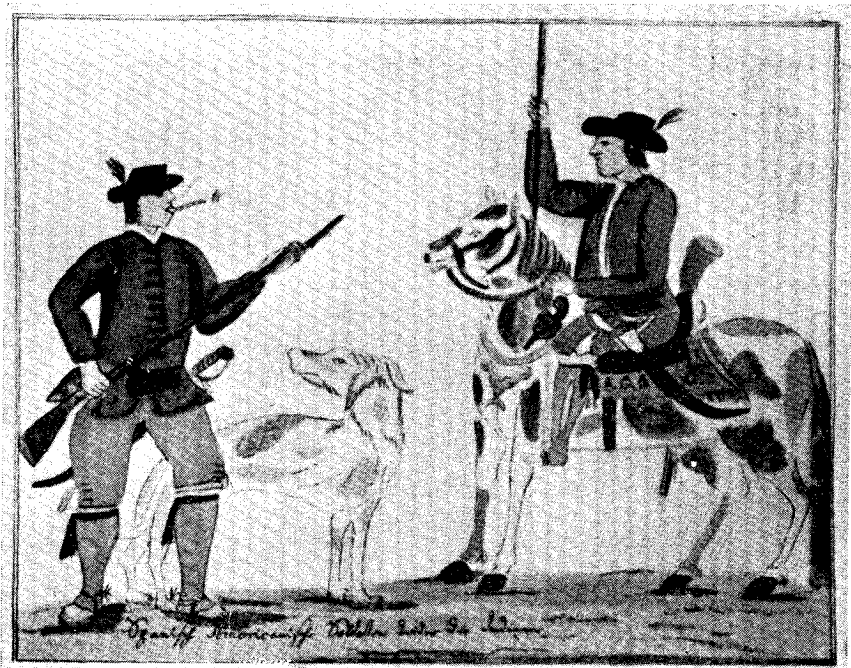
No es esta la única escultura de caballo que los indios americanos levantaron en aquel tiempo. Juan de Castellanos relata, en sus *Ele-gías*, que en la conquista de Santa Marta (Norte de Colombia) se encontraron diez jinetes españoles, que iban de caza de ciervos, la figura, de tamaño natural y hecha de algodón, de un soldado español a caballo armado de lanza y llena toda la escultura de dardos y flechas. El poeta de Tunja creyó ingenuamente que esta figura la habían confeccionado los indios para ejercitarse en el ataque a los jinetes españoles; pero, con gran sentido, estima Alberto Mario Salas, en su obra *Las armas de la Conquista*, donde se cita el episodio, que se trata de una operación de carácter mágico, para hechizar a los conquistadores y poderles así aniquilar por artes de la magia.

El segundo heroico e hípico episodio que quedamos en relatar se refiere (3) a la comisión que Soto encargó a dos soldados de su con-

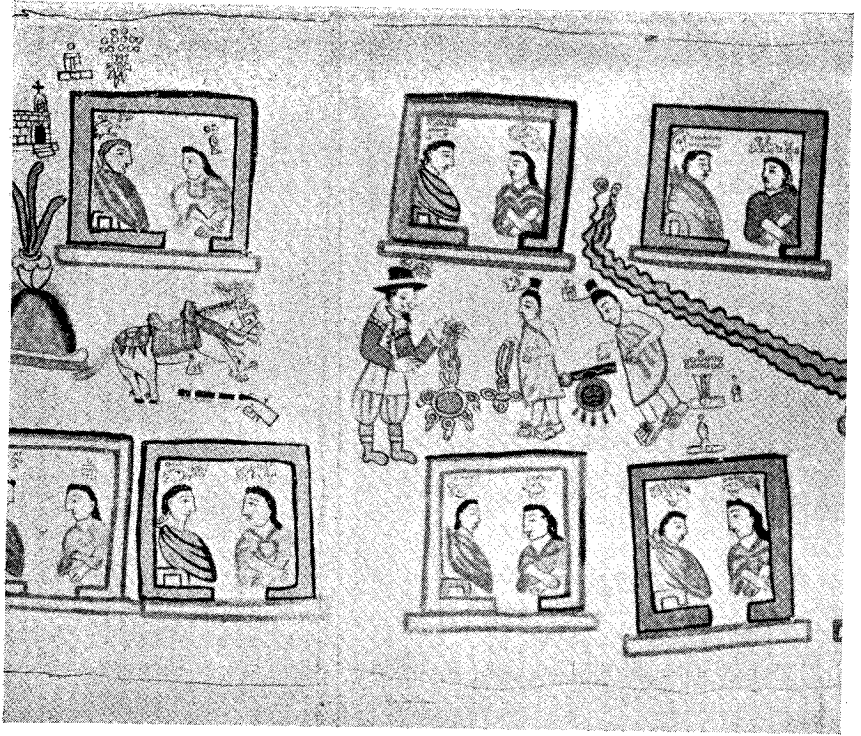
(3) Cap. XIV. Libro II de la *Florida*, del Inca Garcilaso de la Vega.



Dibujo del código Telleriano Remense, de París. (Copia del código Vaticano Ríos, con variaciones).



Tropas españolas con perros que defendían las Misiones de los indios mocabíes. (De la obra del Padre Panfeka.)



Códice Baranda: Pedro de Alvarado recibiendo regalos de los indios del istmo de Tehuantepec.



Lámina de la Relación de Michoacán, en la que se ve al cazonci (rey) con las ofrendas que llevan a Cristóbal de Olid, el cual, con otros dos conquistadores a caballo, se ven al fondo de la pintura.

fianza, Gonzalo Silvestre y Juan López Cacho, tras la rápida exploración de la gran ciénaga, que en tres días habían hecho. Consistía dicha comisión en que, sin descansar ni desensillar, volviesen atrás, para pedir bastimento y socorro a Luis Moscoso, su maestro de campo, de quien se había separado para hacer esta exploración. A estos dos soldados les encargó Hernando de Soto que las tres duras jornadas que acababan de hacer, las realizaran ellos en poco más de una noche, para estar de regreso, con el bastimento, donde él estaba, a la noche siguiente.

Salieron los dos soldados al amanecer y, de noche cerrada, atravesaron la gran ciénaga, que habían acabado de cruzar, sirviéndoles los animales de guía valiéndose del «instinto natural de los caballos, los cuales, como si tuvieran entendimiento, dieron en rastrear el camino, que al ir habían llevado; y como podencos o perdigueros hincaban los hocicos en tierra para rastrear y seguir el camino... así caminaron, sin camino, toda la noche», muertos de hambre y de cansancio jinetes y cabalgaduras. Juan López, menos resistente que Gonzalo, le decía a éste: «O me dejas dormir un rato, o me matas a lanzadas en este camino, que yo no puedo pasar adelante ni tenerme en el caballo, que voy pesadísimo de sueño». Gonzalo, después de resistir dos veces estos lamentos, le contestó: «Apeaos y dormid lo que quisiéredes, pues a trueque de no resistir una hora más el sueño, quereis que nos maten los indios...» Juan López Cacho, sin aguardar más razones, se dejó caer en el suelo, como un muerto, y el compañero le tomó la lanza y el caballo. Sobrevino, entonces, una gran lluvia, que parecía un diluvio, pero no despertó a Juan López. Al despejarse el cielo apareció un día claro y entonces volvieron a correr aún más, por haber sido vistos por los indios, que, con señales, avisaban a las indiadas que podían cruzárseles en el camino; y, para huir de todos, se echaron al agua, en la parte lagunosa de la ciénaga, pasándola a nado, sin que la lluvia de flechas les hiciera daño. Al pisar ya tierra, cerca del real de Moscoso, advirtió desde éste Nuño Tovar el peligro y saliendo con treinta jinetes, logró rechazar a los perseguidores.

Con estas treinta lanzas y el bastimento de galleta pedido por Soto, regresó Gonzalo Silvestre, quedándose en el real Juan López; y dos horas después de anochecer de aquel día, es decir, con sólo dos horas de retraso, cumplió Gonzalo Silvestre la difícil y peligrosa misión que Soto le había confiado.

A semejanza de lo que dijo el zoólogo Cabrera, de la subida de Cortés al Petén guatemalteco, señala el gran caballista y escritor inglés R. Cuninghame Grahame, que «este viaje es quizás la más notable de las cabalgatas registradas en toda la conquista de América».

Uno de los mayores cuidados que tenían los conquistadores con sus caballos fue el de llevarlos siempre bien herrados, sobre todo por los duros caminos de las montañas; pero en estas arriesgadísimas empresas se vieron obligados muchas veces a improvisar soluciones para lo imprevisto. Así al faltar hierro, tanto en la América prehispánica como en la colonial, tuvieron que suplir las herraduras, bien calzando a los caballos con bolsas de cuero o de tejido vegetal, bien confeccionándolas de aleación de plata y cobre en el Perú, y quizás, aunque no lo dicen los cronistas, de oro y cobre en la sabana de Bogotá; pues en el antiguo territorio de los chibchas (hoy Colombia), sólo se conocían estos dos metales, que eran allí abundantísimos. Naturalmente, estas herraduras duraban poco, pero las reponían con frecuencia.

La variedad de climas de los territorios conquistados obligó a hombres y caballos a sufrir los rigores de la naturaleza tropical o ecuatorial, las lluvias torrenciales y los tórridos calores, atravesando unas veces selvas, ríos, esteros y ciénagas, y otras las heladas y desiertas punas, sufriendo siempre los ataques de los indios, de las alimañas y de los mosquitos.

Por todo esto, bien vale recordar y explicar aquí la asociación biológica, geográfica e histórica de hombres y caballos en esta gran empresa de la conquista de América.

El fundamento de esta explicación está, no sólo en el valor del caballo como montura, para caminar grandes distancias, y en el empuje y rapidez de su carrera en las batallas, sino en el poder terrorífico que ejercía sobre los indios. Al principio, porque, como ya dijimos, creían que caballo y jinete eran un solo ser; que los caballos mordían y desgarraban como los tigres y los perros de guerra, y que su relincho era el lenguaje con el que se entendían con los extraños hombres recién llegados; pero aún después de darse cuenta de que caballos y soldados eran seres diferentes, y ambos eran mortales, la presencia de los primeros, aun no acometiéndoles, les infundía pavor. Y así hacían hoyos en la tierra, a modo de trampa para que cayeran; y en el continente Sur los atacaban los indios con boleadoras.

Para defenderse de los dardos y flechas de los indios, no usaron los conquistadores las armaduras metálicas europeas de justa y de guerra, sino sólo algunas piezas sueltas: los soldados, almetes, co-seletes, cotas de malla o de cuero, y los caballos alguna testera. El calor, en las primeras tierras conquistadas, les impedía el uso de las defensas completas, y además imitaron un arma defensiva de los indios, más apropiada para aquellos climas: los *escahupiles*, que eran unos corpiños acolchados rellenos de algodón, protegiendo a los caballos de las flechas y lanzas de los indios con petrales, costados y gruperas, hechos, como los *escahupiles*, semejantes a los petos que ahora se usan en las corridas de toros, aunque más completos y ajustados.

Sólo hemos visto pintados los *escahupiles* de soldados en el Códice Yanhuitlan, pero no conocemos representación de los de los caballos.

En la conquista de los pueblos precortesianos de Méjico y América Central los indios pretendían, ante todo, coger vivos a los españoles y a los caballos, descorazonándolos en vida para sacrificarlos a sus dioses y poder poner luego en sus altares de cabezas humanas, en los altares y en los *tzopantlis*, entre las cabezas imberbes de los indios sacrificados y las barbudas de los españoles, las de los propios caballos, como se pueden ver en las pinturas del Lienzo de Tlaxcala y del Códice florentino del Padre Sahagún.

La superioridad bélica de las armas, de la táctica y de la diplomacia, dieron el triunfo a los españoles, a pesar de su exiguo número. Pero sin los caballos no hubiera podido realizarse esta empresa. Así se desprende de las crónicas de la conquista. Hernán Cortés, en una de las cartas a Carlos V, le dice: «...no teníamos, después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos». Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia Verdadera* agrega: «poco pudimos hacer hasta que los jinetes no aparecieron en el campo»; y también estas palabras, análogas a las de Cortés: «... porque, después de Dios, debimos la victoria a los caballos». Garcilaso de la Vega, el Inca, en la *Historia del Perú* señala: «Mi tierra se ganó a la jineta».

Se refiere Garcilaso al modo de montar que tenían los conquistadores, con estribo corto, al estilo árabe, «a la jineta», sobre caballos ligeros, y al de alancear, con lanza de poco peso o pica; pues el otro modo de montar era «a la brida», con silla pesada y estribo largo, estilo usado por los caballeros medievales cuando, en guerras o torneos, luchaban defendidos con sus pesadas armaduras contra

otros caballeros armados de modo semejante y con pesadas lanzas, que apoyaban en los ristres de sus petos.

Al comienzo de cada conquista escasearon siempre los caballos. Hernán Cortés inicia la de Méjico con los dieciséis que nos describe Bernal Díaz, con tanta morosidad y cariño; aunque al tomar la ciudad de los aztecas —Tenochtitlán— la antigua Méjico, a los dos años de llegar a aquellas tierras, tenía muchos más. Lo propio ocurre a Francisco Pizarro, aunque éste ya entrara en el Perú con noventa caballos, que era los que tenía cuando da el golpe de mano en Cajamarca; pero ese número crece igualmente en cuanto llega Pedro de Alvarado desde Nicaragua.

Aún así, eran pocos caballos para tan gigantesca empresa; por esto adquieren precios fabulosos de cuatro mil pesos oro, ocho mil y aun treinta mil pesos, como el caballo que desjarretó Diego Agüero para convencer a unos caciques peruanos de que los tenía en mayor estimación que a su caballo; gesto que ellos premiaron con cargas de oro y plata, valoradas en cuatro mil pesos.

Si la historia ha inmortalizado, con justicia, los nombres de los conquistadores, también ha hecho famosos los de muchas de sus cabalgaduras. De ninguna otra gesta histórica se conservan más nombres de caballos que en la de la conquista de América; y también los poetas, en verso, como Santos Chocano, del Perú, y en prosa lírica, como Cunninghame Grahamm, han honrado dignamente a «los caballos de los Conquistadores». Bien merecen recordarse sus nombres, que han sido consignados en las crónicas de la conquista (4).

De Hernán Cortés, se conocen los caballos *Arriero*, *Romo*, *Motilla*, *Cabeza de Moro* y *Cordobés*; éste, el último que tuvo, está enterrado en el jardín del antiguo palacio, en Castilleja de la Cuesta, junto a Sevilla, donde murió el conquistador de Méjico. También se conoce el nombre de una yegua, *Rabona*, de Juan Velázquez de León, compañero de Cortés.

En cambio, no se tiene el nombre de ningún caballo de Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, ni siquiera del que, al llevarle el título de Marqués de los Atavillos, le enviaron desde España. Pero sí se sabe los tres que tuvo Gonzalo Pizarro: *Villano*, *Zamillo* y *Salinillas*, y unos cuantos de otros conquistadores del Perú: como el *Rey*,

(4) La lista más completa ha sido publicada por Alberto Mario Salas en la obra citada, a la cual sólo hemos podido añadir dos nombres: el de *Cordobés*, de Cortés y el de *Deguisado*, de un conquistador anónimo.

de Diego Almagro; *Pajarillo* del «Demonio de los Andes» Francisco Carvajal, que solía usar una mula para sus viajes andinos; y el *Almaraz*, del capitán Almaraz, cuñado de Hernández Girón.

De la conquista de Santa Marta y de Nueva Granada (Colombia) han sobrevivido los nombres de *Matamoros*, caballo del capitán Palomino, y *Ocón*, de Juan del Río, capitán de Benalcázar, sin que haya noticia de los de este último.

De la conquista de Chile quedan tres nombres: *Montalbán*, de Francisco de Villagra; *Zapatilla*, de Alvaro de Núñez, y *Roldanillo*, de Francisco Xofré.

Del conquistador de la Florida, Hernando de Soto, que lo fue también del Perú, gran caballista, pervive el de uno de sus últimos caballos: *Aceituno*. Otro, *Vastidillas*, de un conquistador del Tucumán, Juan de Santa Cruz; *La Perla*, caballo blanco que un vecino de Trujillo regaló al Virrey Cañete, y *Deguisado*, que vivió cincuenta años y perteneció a un conquistador desconocido.

No faltan en los códices ilustrados mejicanos representaciones pictóricas de algunos de los caballos contemporáneos de la conquista (5); hechos por los *tlacuilos* o pintores aztecas, para ilustrar sus códices históricos: como los que aparecen en el Códice Vaticano Ríos, en el Telleriano Remense de París, en el Baranda, en el Durán, en el Lienzo de Tlascalá, en uno de los Códices del Padre Sahagún, en la Relación de Michoacán, y en otros inéditos que se guardan en algunas bibliotecas y museos, especialmente en la del Museo Arqueológico de Méjico.

Estas pinturas son análogas a las que los *tlacuilos* de Moctezuma —sus reporteros gráficos— le llevaron en lienzos y cueros pintados, para que conociese cómo eran los invasores de su reino: los «cierros» (caballos) que montaban, los «rayos y truenos» que lanzaban (con sus arcabuces) y los «palacios flotantes» (los navíos).

También se conservan pinturas rupestres en piedras, hechas por indios que conocían la escritura. En las praderas del Misisipi, al introducirse los caballos y montarlos en seguida, los indios los pintaron en las pieles de bisonte, según su uso.

(5) «El caballo en los códices mejicanos», por JOSÉ TUDELA; en la *Revista Shell* de diciembre de 1962.

LOS PERROS

Los perros españoles eran mucho mayores y más ligeros que los gozques americanos; mayores aún que los perros de los indios de las Praderas y que los de los esquimales. Los que fueron a América debieron ser alanos y lebreles, que son los nombres que emplean los cronistas.

En la caza mayor se empleaba en España esta clase de perros y además los mastines y los podencos, pues éstos pueden confundirse, a veces, con los lebreles.

Acometían a los indios, sobre todo en terrenos fragosos donde la caballería no podía perseguirlos. El terror que inspiraban era semejante al que provocaban los caballos.

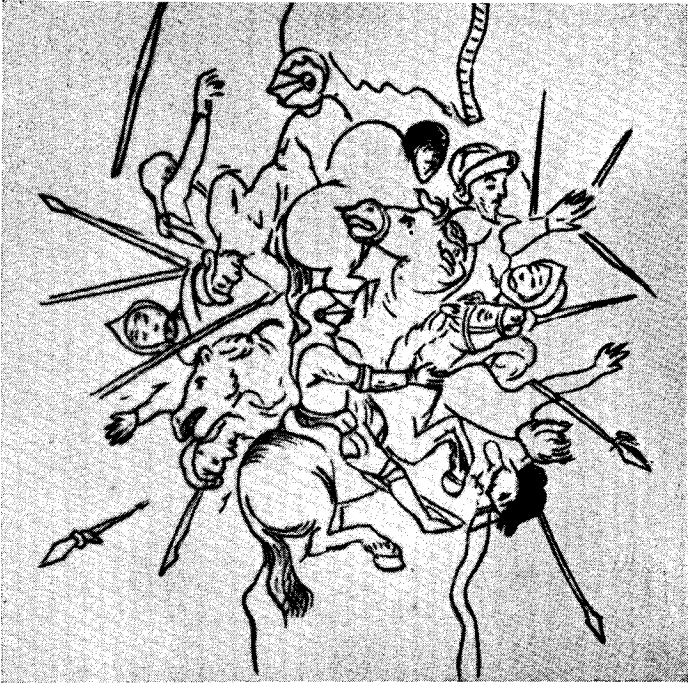
Los perros distinguían los indios enemigos de los aliados, seguramente porque les harían convivir con éstos, para acostumbrarles a su olor.

Aparecen los perros de combate en las primeras batallas dadas por Colón a los indios antillanos, pues en la conquista de la Isabela (Cuba) utilizó veinte perros corsos; y el capitán Sancho de Arango, en la de Boriquen (Puerto Rico), se halló muy apretado luchando con los indios, a pesar de tener la ayuda, dice Antonio de Herrera, del famoso perro Becerrillo, que murió en la batalla, pues al echarse al agua tras un indio caribe, otro indio, que estaba en tierra, le tiró un flechazo y lo mató: «Cosa que fue muy sentida de los castellanos, por la particular ayuda que en este perro tenían.»

Los perros de combate se citan varias veces en las dos crónicas de la Conquista de Méjico referidas por los indios al P. Sahagún y publicada por A. M. Garibay.

En ninguna parte de las tres primeras y fracasadas expediciones a la Florida fueron utilizados los perros, quizá porque las tierras llanas son más aptas para los caballos, a diferencia de las agrestes de las selvas tropicales.

A pesar de esto, Hernando de Soto llevó en su expedición un perro de caza que sirvió en alguna ocasión, también, como perro de guerra y se hizo famoso. Era un lebel al que llamaban *Bruto*. Relata Garcilaso de la Vega, el Inca, en su *Florida*, una hazaña de este lebel, al perseguir y capturar, a la vez, a cuatro indios escapados del cuartel general de Soto: «Anduvo entre ellos (entre los indios) con tanta destreza y maña —dice Garcilaso— soltando al que derribaba y



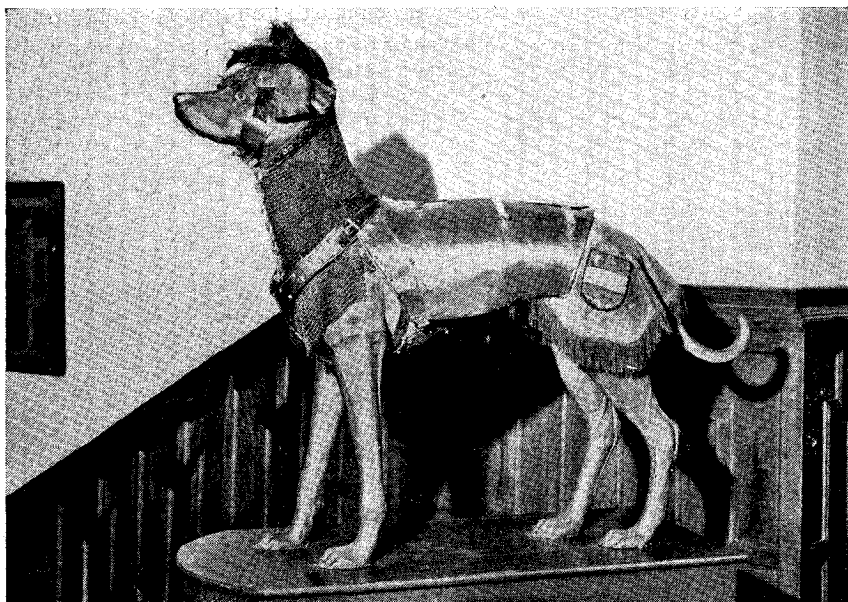
Pintura indígena del Códice florentino del Padre Sahagún, que representa, al modo surrealista, la caída en uno de los canales del antiguo Méjico, en la huida de la «Noche Triste», de jinetes, caballos y una india, acaso Marina.



Vaso funerario: figura de perro con máscara humana (Museo Nacional de Méjico)



Perro de praderas: pintura en piel de bisonte. (Museo de Denver, Estados Unidos).



Armadura de perro del siglo XVII. (Real Armería de Madrid).

prendiendo y derribando al que se levantaba, y amedrantándoles con grandes ladridos, al tiempo de echarles mano, que los embarazó y detuvo hasta que llegó el socorro de los españoles, que prendieron a los cuatro indios y los volvieron al real». El fin de este perro *Bruto* fue el mismo que el de *Becerrillo*, en San Juan, muriendo en el agua persiguiendo a un indio, al ser atravesado por varias flechas que, desde la orilla, le tiraban otros indios; al salir a tierra murió. «Era pieza rarísima y muy necesaria para la conquista —dice el Inca— en la cual, en lo poco que duró (allí) había hecho en los indios enemigos, de noche y de día, suertes de no poca admiración.»

Cuenta el Inca y lo repite Herrera, que al dueño del perro *Becerrillo*, en Puerto Rico, le pagaban parte y media de las ganancias que correspondían a un arbuçero. A un hijo suyo, *Leoncillo*, perro de Vasco Núñez de Balboa, sigue diciendo el Inca, le cupo una partida de 500 pesos oro, de las ganancias habidas en el Darien.

Fueron utilizados los perros de guerra en la conquista de Nicaragua, de Nueva Granada (Colombia), de Venezuela, en la entrada de Coronado, en la Mobiila (Arizona y Nuevo Méjico), en la de Gonzalo Pizarro al País de la Canela (Alto Marañón) y en las conquistas de Tucumán y Chile.

Refiriéndose a la del Nuevo Reino de Granada, dice el P. Agüedo, que, en la provincia de Muso los indios se ponían en un alto a dar gritos e insultar a los españoles; y que los perros, por su propia cuenta, «con su natural instinto, echando de ver que eran enemigos, se iban a ellos por partes encubiertas, por no ser vistos, y los saltaban de repente y hacían en ellos el daño que podían». «Han hecho (los perros) tanto provecho en estas provincias, por ser la tierra tan áspera y fragosa y no poder andar por ella caballos...».

En las conquistas complementarias de la de Cortés en Méjico sí fueron usados perros de combate: los empleó el capitán Pacheco en tierra de los zapotecas y, luego, allí mismo, Pedro de Alvarado exigió a los indios le labraran cadenas para sus perros bravos.

Gonzalo Pizarro llevó a la conquista del País de la Canela ciento cincuenta caballos, una jauría de perros y una piara de cerdos: y gran parte de todos estos animales sirvieron para aplacar el hambre de los españoles y de los indios aliados de esta frustrada expedición, en la que llegaron a comerse cocidas las guarniciones de cuero de los aparejos de los caballos.

No es necesario seguir, paso a paso, la intervención de los pe-

ros de combate en la conquista de América, pues con las muestras dadas basta para tener una idea de su valor bélico.

Y es que los perros poseen algunas condiciones superiores a las de los caballos para el combate: tienen una mayor movilidad y ligereza de movimientos, más inteligencia y mayor facilidad de adiestramiento, y más desarrollado el sentido del olfato, sobre todo el de caza. Con este olfato distinguían a los indios aliados de los que no lo eran. Además, por el oído, aún más fino que el de los caballos, servían, como éstos, de vigilantes nocturnos en campamentos y poblados, siendo más sonoros y amenazadores los ladridos de los perros que los relinchos de los caballos.

Carlos Pereira dice de los perros de guerra que tenían un «poder paralizante», por la sorpresa que producía su rápida aparición y acometida, y el pavor que infundían; pues no hay que olvidar el significado religioso y el valor mágico que los perros indígenas tenían, al igual que casi todos los animales, entre los indios.

Como a los soldados y a los caballos, también defendieron los españoles a los perros con escaupiles de algodón, ajustados al cuerpo, para defenderles de las flechas y dardos enemigos.

¿De qué raza eran estos perros? Parece ser que la mayor parte de ellos eran alanos, o fueron llamados así, aunque no pertenecieran a esta raza, pues es la denominación más usada por los cronistas. El perro alano, según el *Diccionario de la Academia*, es cruzado de dogo y lebrel (A. Salas dice que de dogo y mastín). «Es corpulento y fuerte: tiene grande la cabeza, las orejas caídas, el hocico romo y arremangado, la cola larga y el pelo corto y suave.»

También se citan en los cronistas los lebreles o galgos, los mastines y los perros corsos (¿de Córcega?) que usó Cristóbal Colón en la Isabela. No aparece por ninguna parte la denominación de podenco, perro muy usado hoy en España en caza mayor y que reunía excelentes condiciones bélicas, sobre todo en terrenos agrestes.

Alberto Mario Salas al final del capítulo dedicado a los perros, en su documentado libro sobre *Las armas de la conquista*, del que hemos tomado no pocos datos, relaciona los nombres de los perros famosos de la conquista, como hizo antes en el capítulo dedicado a los caballos.

Ya se han citado a *Becerrillo*, *Leoncillo* y *Bruto*, a los que añade otros como *Amadis*, *Turco*, *Calixto*, *Turquillo*, *Amigo* y *Menelao*.

Aún son menos frecuentes los dibujos y pinturas de perros de combate que los de perros indígenas de América.

Aquí tan sólo se reproducen unos perros de gran caza y de guerra de la India, tomados del *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, de Daremberg y Saglio; las viñetas de la primera edición de las *Décadas*, de Antonio de Herrera, y la única pintura de perro español que trae un recuadro del Lienzo de Tlaxcala.

En la famosa obra del Padre Panfeke, de mediados del siglo XVIII, sobre los indios mocabíes del Paraná, del Paraguay, vemos un perro como auxiliar de las tropas españolas que defendían estas misiones en las fronteras del Brasil.

LOS CERDOS

Aunque Carlos Pereira llamó a los cerdos animales de conquista, no los incluye Salas, como es natural, entre los animales ofensivos, sino que los consideraba tan sólo como bastimento para los conquistadores.

Muerto y vivo acompañó el cerdo a los conquistadores españoles en sus empresas de América; muerto, como tocino salado, sustento corriente en todas las exploraciones marítimas de entonces; y vivo, porque, formando piaras, acompañó en la retaguardia las principales exploraciones; la de Hernán Cortés a las Hibueras, la de Francisco Pizarro al Perú, la de Gonzalo Pizarro al País de la Canela, y la de Hernando de Soto a la Florida.

La alimentación del indio americano fue, en general, muy pobre en proteínas animales, y a ella no se resignaban los conquistadores.

En la carta V de Cortés al Emperador, en la que narra aquél sus expediciones a las Hibueras, y su lucha más que con los indios con la selva tropical, durante más de mil kilómetros de malísimos caminos, cruzando engañosas ciénagas, abruptas sierras y peligrosos y tupidos bosques, atacados por los indios y por insectos y pestilencias, nos dice que seguía a su ejército de españoles y de indios aliados, una piara de cochinos, cuyos últimos cerdos, vivos aún, llegaron hasta Honduras.

Las expediciones de conquista fueron, por lo general, en toda América, mixtas de soldados españoles de a pie y de a caballo, por lo regular pocos y en minoría estos últimos, y de ejércitos de indios amigos y de indios aliados, a quienes habían vencido previamente,

para dominar y derrotar luego a los pueblos enemigos. Seguía, a las tropas mixtas combatientes, la intendencia compuesta de *tamemes* (cargadores), indios amigos e indios sometidos, cargados con toda la impedimenta de alimentos, maíz, frijoles, ají, municiones, ropas, herramientas, cántaros para agua, etc. Detrás de esta impedimenta iban las piaras de cerdos, alimentándose por el camino a cuatro jornadas de la vanguardia, con gran lentitud y cautela, para evitar emboscadas.

Sorprenderá a quien no conozca las cualidades del cerdo ibérico, que un animal de esta especie pudiera hacer tales caminatas:

Este cerdo, de cabeza alargada, negro o rojo, pelón o peludo, que vive en régimen de pastoreo y montanera en las dehesas y encinares del Sur de la Península Ibérica, de España y Portugal, es muy voraz y muy resistente al hambre y aun a la sequía, a pesar de no transpirar su piel, por lo que gusta de revolcarse en agua y en barro los días calurosos. En tiempos atrás eran muy andarines también, pues cruzaban casi toda la Península de Sur a Norte, por los caminos pecuarios, por las cañadas de la Meseta que recorrían también los rebaños de ovejas trashumantes. Pero estos rebaños lo hacían dos veces al año, en viaje de ida a los agostaderos, y de vuelta a «extremos», como se llamaba a los invernaderos; pero las piaras de cerdos sólo hacían el viaje de ida, de Extremadura y Andalucía a las dos Castillas, para ser vendidos los «guarros», al fiado, a los campesinos castellanos, que los engordaban sacrificándolos en noviembre, por San Martín, constituyendo su carne, en distintas formas, la base de la alimentación animal de estos campesinos. Hoy son transportados en ferrocarril como las ovejas.

Esto explica que en el trópico, con clima templado y zonas húmedas, ríos y ciénagas, el cerdo se encontrara en su predilecto elemento y se alimentara de raíces, de frutos, de pequeños reptiles, y hasta fuese invulnerable por su gruesa piel a las picaduras de las serpientes.

Nos faltan representaciones gráficas de este animal en la época de la colonización; por esta razón no se ilustra con ellas este apartado, como se ha hecho en los anteriores